

## CAPITULO XI.

### ESPEDICION NAVAL A SICILIA.

#### LA CUADRUPLE ALIANZA.

#### CAIDA DE ALBERONI.

De 1718 á 1720.

Progresos de la espedicion.—Fáciles conquistas de los españoles en Sicilia.—Aparécese la escuadra inglesa.—Ataque y derrota la española.—Alianza entre Francia, Austria é Inglaterra.—Proposicion que hacen á España.—Recházala bruscamente Alberoni.—Quejas y reconvenciones de España á Inglaterra por el suceso de las escuadras.—Represalias.—Declaran la guerra los ingleses.—Intrigas de Alberoni contra Inglaterra.—Conjuracion contra el regente de Francia.—Cómo se descubrió.—Medidas del regente.—Prisiones.—Manifiesto de Felipe V.—Francia declara tambien la guerra á España.—Campana de Sicilia.—Combate de Mclazzo.—Los imperiales.—El duque de Saboya.—Cuádruple alianza.—España sola contra las cuatro potencias.—Desastre de la armada destinada por Alberoni contra Escocia.—Pasa un ejército francés el Pirineo.—Sale Felipe V. á campana.—Apodéranse los franceses de Fuenterrabía y San Sebastian.—Frustradas esperanzas de Felipe.—Vuelve apesadumbrado á Madrid.—Invasion de franceses por Cataluña.—Toman á Urgel.—Sitio de Rosas.—Contratiempos de los españoles en Sicilia.—Admirable valor de nuestras tropas.—Armada inglesa en Galicia.—Los holandeses se adhieren á la cuádruple alianza.—De-

cae Alberoni de la gracia del rey.—Esfuerzos que hace por sostenerse.—Conjúranse todas las potencias para derribarle.—Pónenlo como condicion para la paz.—Decreto de Felipe espulsando á Alberoni de España.—Salida del cardenal.—Ocúpanse sus papeles.—Breve reseña de la vida de Alberoni desde su salida de España.

Todo lo perteneciente á la expedicion que en el anterior capítulo dejamos dada á la vela, habia corrido á cargo de don José Patiño, intendente general de mar y tierra, hombre de la mayor confianza de Alberoni, y á quien éste habia conferido plena autoridad, asi para los aprestos y organizacion de la armada, como para sus operaciones, tanto que los gefes de la expedicion llevaban instrucciones de obedecerle en cuantas órdenes les diera en nombre del rey. Habíaseles tambien prevenido que los pliegos que llevaban no los abriesen sino en dias y lugares determinados: con todo este misterio se conducia aquella empresa.

Abrióse el primer pliego en Cerdeña, en la bahía de Cagliari (Cagliari), donde se les unió el teniente general Armeñdariz con las tropas que alli tenia, y junto todo el armamento siguió su rumbo á Sicilia, hasta dar fondo en el cabo de Salento (1.º de julio, 1718), donde desembarcaron las tropas. Abrióse alli el otro pliego, y se declaró al marqués de Lede capitán general de aquel ejército y virey de Sicilia. A los dos dias marchó la expedicion sobre Palermo: el conde Maffei que la gobernaba se retiró á Siracusa, dejando guarnicion en el castillo. Gran parte de la nobleza siciliana

acudió á presentarse al marqués de Ledesma, y los diputados de la ciudad salieron á ofrecerla al rey Católico, pidiendo solo que les fueran conservados sus privilegios. Los españoles entraron en la ciudad, y batido el castillo, se rindió á los pocos dias á discrecion (13 de julio, 1718). Destacáronse fuerzas sobre varias plazas y ciudades de la isla. Tomóse Castellamare: al bloquear á Trápani vinieron las milicias del pais á unirse con los españoles, matando ellas mismas á los piamonteses: la ciudad de Catana hizo prisionera la guarnicion piamontesa y aclamó al rey don Felipe: en Mesina el pueblo mismo la hizo retirar á la ciudadela: Términi y su castillo se rindieron á discrecion (4 de agosto); y Siracusa, desamparada por Maffei, fué ocupada por don José Vallejo y el marqués de Villa-Alegre. Las galeras sicilianas se refugiaron á Malta, donde acudió don Baltasar de Guevara á pedir las al Gran Maestre, el cual se negó á entregarlas diciendo que aquél era un territorio neutral, y él no era juez de las diferencias de los príncipes.

Con esta rapidez y con tan felices auspicios marchaba la conquista de Sicilia, cuando se presentó en aquellas costas la escuadra inglesa, mandada por el almirante Jorge Byng, y compuesta de veinte navíos de guerra, el que menos de cincuenta cañones. Y como estaba ya acordada por las potencias la trasmision de Sicilia al emperador, el almirante inglés protegió el paso de tres mil alemanes á reforzar la ciudadela

de Mesina. Con esto los españoles se retiraron hácia el Mediodía. Propúsoles Byng una suspension de armas, y como no fuese aceptada, se hizo á la vela y encontráronse ambas escuadras (11 de agosto) en las aguas de Siracusa. Aun no se presentaban los ingleses abiertamente como enemigos, por que habiéndose quejado el marqués de Ledesma á un oficial enviado del almirante de que hubiese escoltado tropas alemanas, respondió que aquél no era acto de hostilidad, sino de proteccion á quien se amparaba del pabellon británico. Acaso cierta credulidad de los españoles en este dicho fué causa de que el gefe de nuestra escuadra don Antonio Gastañeta esperára á la capa á la de los ingleses, superior en fuerza, y en la pericia y práctica de sus marinos; y aunque lo mas acertado habria sido que se retirára á sus puertos hecho el desembarco, sin duda no se atrevió á hacerlo, por no estarle mandado, ni por Alberoni, ni por Patiño. Ello es que mezcladas ya ambas escuadras, vio Gastañeta que no era tiempo ya de evitar el combate, y comenzó éste faltando la brisa á los españoles y favoreciendo el viento á los ingleses, y en ocasion que el marqués de Mari con algunos buques se hallaba separado del cuerpo principal de nuestra armada. Y asi fué que desordenados y separados nuestros navíos, fueron casi todos embestidos aisladamente por fuerzas superiores, y unos tras otros se vieron obligados á rendirse, aunque no sin pelear con admirable denuedo. Toda la escuadra española, á es-

cepcion de cuatro navíos y seis fragatas que lograron escapar, fué destruida ó apresada, cayendo prisionero el general en gefe despues de mortalmente herido. La misma suerte tuvo la flota del marqués de Mari, arrojada á la ribera de Aosta (11 y 12 de agosto, 1718).

«Esta es la derrota de la armada española (dice desapasionadamente un escritor de nuestra nacion despues de describir la pelea), voluntariamente padecida en el golfo de Aroich, canal de Malta, donde sufrió un combate sin línea ni disposicion militar, atacando los ingleses á las naves españolas á su arbitrio, porque estaban divididas. No fué batalla, sino un desarreglado combate, que redundó en mayor desdoro de la conducta de los españoles, aunque mostraron imponderable valor, mas que los ingleses, que nunca quisieron abordar por mas que lo procuraron los españoles. El comandante inglés dió libertad á los oficiales prisioneros, y envió uno de los suyos al marqués de Ledesma, escusando aquella accion como cosa accidental, y no movida de ellos, sino de los españoles que tiraron el primer cañonazo: cierto es que la escuadra de Mari disparó los primeros, cuando vió que se le echaron encima para abordarle (1).»

(1) El marqués de San Felipe, Comentarios, tom. II. A. 1718.—Macanáz, Memorias para la Historia del gobierno de España, tomo I. pag. 132 á 135.—Botta, Istoria d'Italia.

En tanto que esto pasaba en Sicilia, se habian comunicado á Madrid las condiciones del tratado entre Austria, Francia é Inglaterra. Eran las principales la cesion de Sicilia al emperador, la reversion de Parma y Toscana al príncipe Carlos, hijo de Felipe V. y de Isabel de Farnesio, la adjudicacion de la Cerdeña á Victor Amadeo como compensacion de la pérdida de Sicilia, consintiendo el emperador en dejar el título que seguia dándose de rey de España, y señalando el plazo de tres meses para que Felipe y Victor Amadeo se adhiriesen al tratado. Contestó Alberoni con despecho, que S. M. estaba decidido á luchar sin tregua, hasta desgarse á ser expulsado de España, antes que consentir en tan degradantes proposiciones; y prorumpió en ácidas invectivas contra las potencias aliadas, y especialmente contra el duque de Orleans, de quien dijo que iba á dar al mundo el espectáculo escandaloso de armar la Francia contra el rey de España su pariente, aliándose para ello con los que habian sido siempre mortales enemigos de la Francia misma.

Esto mismo dijo al coronel Stanhope; y aun añaden algunos que hizo mucho mas, y fué, que enseñándole el ministro inglés la lista de los buques que componian la escuadra británica para que la comparase con los de la española, y presentándola con cierta presuntuosa arrogancia, encolerizóse Alberoni, y tomando el papel le rasgó y pisó á presencia del en-

viado. Y la carta que el almirante Byng despachó desde la altura de Alicante, participando que S. M. británica le enviaba á mantener la neutralidad de Italia, con órden de rechazar á todo el que atacára las posesiones del emperador por aquella parte, la devolvió el cardenal al ministro inglés con una nota marginal, en que decia sécamente: «S. M. Católica me manda deciros que el caballero Byng puede ejecutar las órdenes que ha recibido del rey su amo. Del Escorial, á 15 de julio.—Alberoni.»

Poco menos duro estuvo el cardenal con el conde de Stanhope, que vino luego á Madrid á proponer á Felipe la adhesion al tratado que llamaba de *la cuádruple alianza*, suponiendo, equivocadamente ó de malicia, la conformidad de la república holandesa, que rehuia unirse á las otras tres potencias por sus razones particulares, esforzadas por las gestiones del ministro español. El cardenal, picado de la conducta de Inglaterra, alentado con los progresos que iban haciendo nuestras armas en Sicilia, y mas animado con la remesa de doce millones de pesós que acababan de traer los galeones de Indias, insistió en llevar adelante la guerra, y rompiendo las conferencias con Stanhope, le dió su última resolucion formulada en ocho capítulos, reducidos en sustancia á decir: que solo podia el monarca español admitir las proposiciones de paz, quedando por España Sicilia y Cerdeña, satisfaciendo el emperador al duque de Saboya con un equi-

valente, reconociendo que los Estados de Parma y Toscana no eran feudos del imperio, y retirándose á sus puertos la armada inglesa. Esto dió lugar á nuevas contestaciones y recriminaciones mútuas, que hicieron perder toda esperanza de reconciliacion. Por otra parte Alberoni se esforzaba por presentar á Victor Amadeo la ocupacion de Sicilia, no como acto de agresion, sino como una precaucion tomada para evitar que le fuese arrebatada á su legítimo dueño por las mismas potencias que le habian garantizado su posesion en el tratado de Utrecht, segurando que solo la tendria en depósito hasta que pudiera volvérsela sin riesgo. Este ardid no alecinó ya al saboyano, que considerándose burlado por las fingidas protestas de amistad de Alberoni prorumpia en amargas quejas contra él, y se dirigia á Francia é Inglaterra haciéndolas responsables del cumplimiento del tratado de Utrecht. De esta manera se culpaban y acusaban unos á otros de doblez y de perfidia, en cartas, notas y manifiestos que se cruzaban; siendo lo peor que á nuestro juicio todos se increpaban con justicia y con razon, pues los sucesos y los datos que tenemos á la vista nos inducen á creer que ninguna de las potencias obraba de buena fé y con sinceridad.

Subieron de punto las quejas y reconvenciones del gobierno español al de la Gran Bretaña desde el momento que se supo el ataque de la escuadra inglesa á la española y dela derrota de ésta en las aguas de

Siracusa. El marqués de Monteleon, nuestro embajador en Londres, dirigió al secretario de Estado de aquella nacion un papel lleno de severísimos cargos, calificando duramente la conducta del almirante Byng que habia obrado como enemigo cuando llevaba el carácter de medianero, acusando de ingrata con España la nacion inglesa, y manifestando no poder seguir ejerciendo su cargo de embajador hasta recibir instrucciones de su córte. Difiriósele tres semanas la respuesta, en tanto que llegaba la relacion oficial del almirante; la contestacion no fué satisfactoria, y en su virtud escribió Alberoni al embajador en nombre y por mandato del rey, diciéndole entre otras cosas: «La mayor parte de la Europa está con impaciencia por saber cómo el ministro británico podrá justificarse con el mundo después de una violencia tan precipitada..... S. M. no puede jamás persuadirse que una violencia tan injusta y tan generalmente desaprobada haya sido fomentada por la nacion británica, habiendo sido siempre amiga de sus aliados, agradecida á la España y á los beneficios que ha recibido de S. M. C..... Todos estos motivos, y aquel que S. M. tiene (con gran disgusto) de ver cómo se corresponde á sus gracias, la reflexion de su honor agraviado con una impensada ofensa y hostilidad, y la consideracion de que despues de este último suceso la representacion del carácter y ministerio de V. E. será supérfluo en esta córte, en donde V. E.

»será mal respetado, han obligado al rey Católico á ordenarme diga á V. E. que al recibo de esta se parta luego de Inglaterra, habiéndolo asi resuelto. Dios guarde, etc. (1).»

Monteleon en virtud de esta órden pasó á la Haya, donde en union con el marqués de Berretti Landi hizo ver á los Estados Generales, mostrándoles copias de las cartas, las razones de la conducta del rey Católico. Felipe mandó salir de los dominios de España los cónsules ingleses, y tomar represalia de todos los efectos de aquella nacion, haciendo armar corsarios; y como lo mismo ejecutasen el rey de Inglaterra, el emperador y el de Sicilia, llenáronse los mares de piratas, con gran daño del comercio de todos los países. Con este motivo escribió Alberoni de órden del rey otra carta á Monteleon, que comenzaba: «Aunque la mala fé del ministerio británico se haya dado bastante á conocer por la injusta é improvisada hostilidad que el caballero Byng ha cometido contra la escuadra de S. M., no obstante como M. Craigs, secretario de Estado, por la carta que escribió á V. E. parece querer persuadir al público lo contrario, es indispensable el repetir á V. E. que este suceso era ya premeditado, y que el almirante Byng ha disimulado su intencion para mejor abusar de la confianza

(1) Despacho de 26 de setiembre, 1718.—Respuesta del ministro inglés Craigs al marqués de Monteleon.—Belando, Parte IV. cap. 26 y 27.

»de nuestros generales en Sicilia, bajo la palabra que  
 »se les habia dado de que no se cometeria hostilidad  
 »alguna.» Y en uno de los párrafos decia: «No se  
 »niega aqui que puede ser haya sido arrestado el cón-  
 »sul inglés, ó mandado hacer alguna otra represalia;  
 »pero ciertamente estas cosas no habrán precedido al  
 »combate naval. Y del modo que el ministerio de  
 »Londres habla, no solamente quiere disponer de los  
 »reinos y provincias ajenas, pero pretende tambien  
 »que se sufra y disimule la osadía de sus insultos y la  
 »violencia de su proceder... (1).»

Del language empleado de palabra y por escrito entre los ministros de ambas naciones no se podia esperar ya otra cosa que un rompimiento abierto entre Inglaterra y España, y así fué. El rey Jorge I., despues de conseguir que las dos cámaras aprobáran su conducta en el negocio del almirante Byng, y que le ofrecieran los recursos necesarios, procedió á la declaracion solemne de guerra, en un Manifiesto que publicó (27 de diciembre, 1718), culpando, como era natural, al rey de España de la infraccion de la neutralidad de Italia que las potencias se habian comprometido á mantener, de haber llevado la guerra á Sicilia, desoido todas las proposiciones de paz que se le habian hecho, de haber ultrajado á sus ministros,

(1) Despacho de 10 de octubre, 1718.—Es extraño que el historiador William Coxe, que conoció tanta correspondencia diplomática y es tan dado á enriquecer con ella su historia, no haya hecho uso de estos documentos.

y alentado los proyectos del pretendiente al trono de Inglaterra (1).

Tan cierto era esto último, como que Alberoni habia enviado agentes á las córtes de Suecia y Rusia para ver de reconciliar á los dos soberanos Carlos XII. y el czar Pedro I., que ambos tenian resentimientos con Inglaterra y querian restablecer en el trono de aquella nacion á Jacobo III., ofreciendo para ello la ayuda de España. Y tan adelante fué esta negociacion, que ademas de haber casado una hija del czar

(1) «Hallándonos empeñados con diversos tratados (comenzaba el Manifiesto) á mantener la neutralidad de Italia, y á defender á nuestro buen hermano el emperador de Alemania en la posesion de los reinos, provincias y derechos que gozaba en Europa, y deseando ardentísimamente establecer la paz y la tranquilidad de la cristiandad sobre los fundamentos mas justos y duraderos que nos fuesen posibles, hemos á este fin comunicado de cuando en cuando nuestros pensamientos y nuestras intenciones pacíficas al rey de España por medio de sus ministros, y teniamos concebida la esperanza que habian de tener su aprobacion.

»Y como el dicho rey de España tenia inculcada con hostilidad y de una manera injusta la isla y reino de Sicilia, le hemos hecho proponer amigables representaciones sobre este punto; mas hallándonos obligados á mantener y esforzar nuestras instancias con un armamento naval, enviamos en el verano pasado nuestra flota al Mediterráneo, con una llana y sin-

»cera intencion de no servirnos de su presencia en aquel mar sino para sostener la negociacion de paz, á fin de reconciliar las partes que estaban en guerra, y prevenir con aquel medio las calamidades que deberian seguirse....»

Continúa esponiendo, en el sentido que le convenia, los demas pasos dados con el rey don Felipe brindándole con la paz, la negativa de éste, las secas y desabridas respuestas dadas á sus embajadores, la confiscacion de los navíos ingleses decretada por el monarca español, atribuyéndole la violacion de los tratados de Utrecht y de Baden, etc., y concluye: «Por estos motivos, poniendo nuestra mayor confianza en la ayuda de Dios Todopoderoso que conoce las intenciones buenas y pacíficas que siempre hemos tenido, hemos juzgado apropiado declararle la guerra al dicho rey de España, y efectivamente la declaramos con las presentes... etc.—Dada en nuestra córte de San James á los 27 de diciembre de 1718, en el año quinto de nuestro reinado.»

con un hijo del pretendiente de Inglaterra, llegó á convenirse que entre ambas potencias aprestarian una armada de ciento cincuenta navíos de línea con treinta mil hombres mandados por el mismo Carlos XII. de Suecia, la cual desembarcaría en Escocia, donde iría también la primera expedición que aprontaría la España: y que para divertir las fuerzas del emperador, entraría el czar Pedro en Alemania con ciento cincuenta mil hombres, y España en su expedición llevaría al rey Jacobo á Inglaterra, no saliendo de allí hasta dejarle sentado en el trono. Que después las fuerzas de los aliados pasarían á las costas de Bretaña en Francia para apoyar al rey Católico en su proyecto de derribar al duque de Orleans, y dar el gobierno de aquel reino á una persona que afianzara la corona en la cabeza de Luis XV., desvaneciendo los temores que todos tenían de perderle. Pero Alberoni, que tan reservado era en sus planes, tuvo la flaqueza de revelar la clave de estos al baron de Waclet, y éste lo descubrió todo á los enemigos de España (1).

Si de este modo intrigaba Alberoni contra Inglaterra, no se meneaba menos para derribar de la regencia de Francia al duque de Orleans; para lo cual no dejaba de brindarle el estado interior de aquel reino, y el gran número de descontentos del gobierno del regente que en él había, entre ellos personas de

(1) Belando, Hist. Civil, P. IV. cap. 34.

tanto valer y tan elevada esfera como el mariscal de Villars, el de Uxelles, el duque y la duquesa del Maine, contándose también no escaso partido en favor de la regencia del monarca español. El mismo conde de San Simon, tan amigo del de Orleans, asegura que llegó á decirle: «Si el rey de España entrase desarmado en Francia, y confiándose nada más que á la nación, y pidiese la regencia para sí, confieso que á pesar del sincero afecto que os profesó me apartaría de vos con lágrimas en los ojos, y le reconocería por legítimo regente. Y si yo que tanto os amo desde que existo pienso así, ¿qué podeis esperar de los demás (1)?»

Sea de esta asercion lo que quiera, el de Orleans con su desarreglada conducta había ido perdiendo todo el favor y todo el respeto que en los principios de su gobierno le habían grangeado su buen talento y sus maneras agradables, y culpábanle ya hasta de los males y desórdenes que no consistían en él. La duquesa del Maine entabló correspondencia con la reina de España por medio de nuestro embajador en París Cellamare. Seguía también el famoso jesuita Tournemine con el padre Daubenton, confesor de Felipe, que era de su misma orden. Se halagó á los oficiales franceses ofreciéndoles ascensos para que se alistáran en las filas españolas, especialmente en Bre-

(1) San Simon, Memorias, vol. VII.